

# EL MUNDO ILUSTRADO

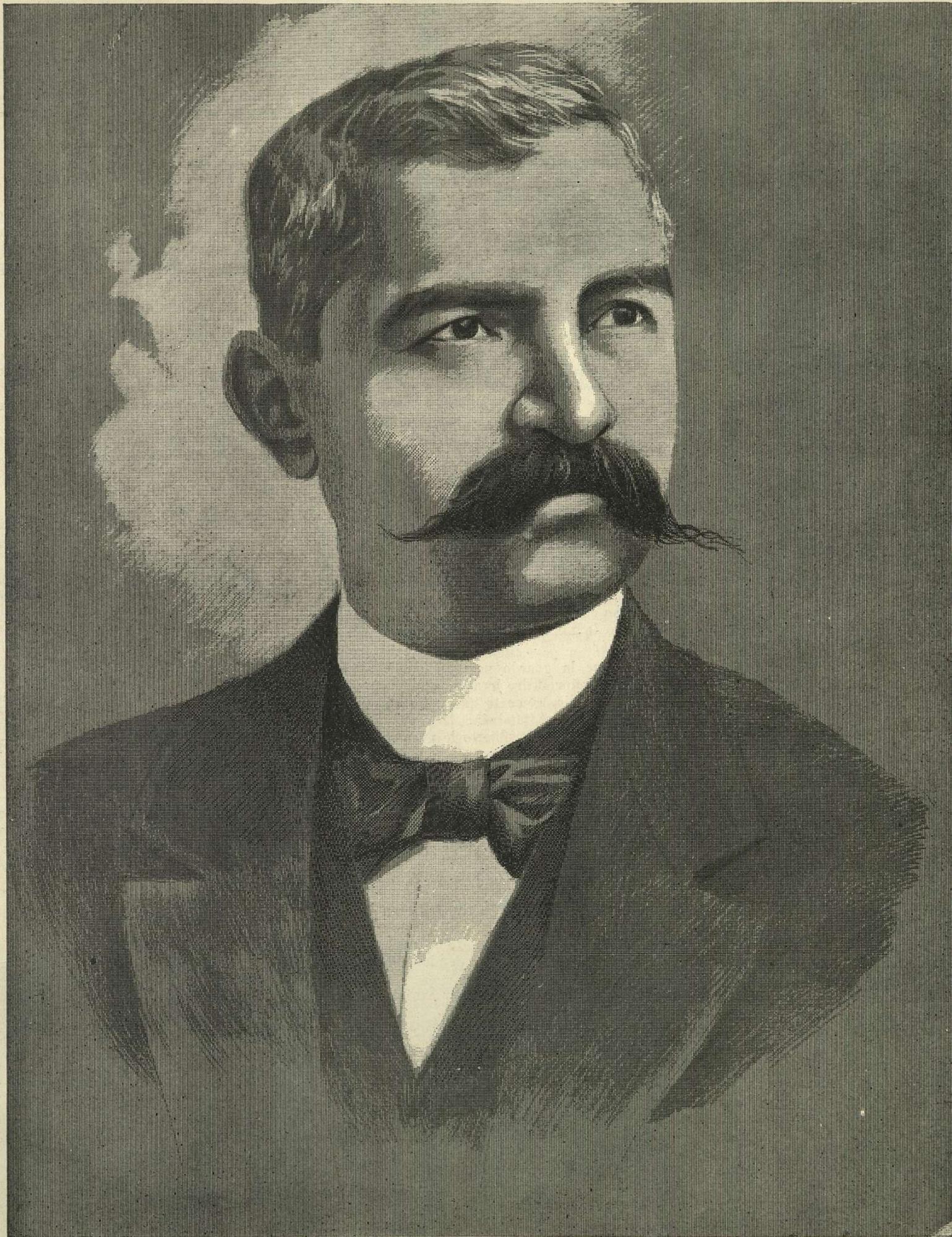
AÑO VII--TOMO II--NÚM. 26

MÉXICO, DICIEMBRE 23 DE 1900.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50  
Idem idem en la Capital, 1.25

Gerente: ANTONIO CUYÁS.



SR. D. RAMÓN CORRAL,

Nombrado recientemente Gobernador del Distrito Federal.

# ¡HA HECHO BIEN!

## I

El ruido de los aplausos fué apagándose en el salón, al mismo tiempo que se perdió en el teclado el último eco de una sinfonía de Wagner admirablemente interpretada. La marquesa se acercó á la joven, la besó con vanidad, la presentó como una bandera victoriosa á todos los contertulios. Como artista, un encanto; como mujer, una rubia de ojos negros, por los que se asomaba una inteligencia fuerte. Con razón decía la mar-



quesa que aquella muchacha era una maravilla de quince años.

—¡Qué estrella! ¡Oh, superior! ¡Superior!

Y acercándose á la marquesa:

—La felicitamos á usted, Irene.

¡Ah, no! No era á ella á quien correspondían tales felicitaciones, y las rechazaba sinceramente.

## II

—Todos ustedes saben la historia de esta chica. La conocí hace cinco años.

De regreso de una excursión que hice á mi casa de Cuba, enferma de cuerpo y nostálgica de espíritu, vine á Madrid desde Coruña, en el tren-carreta que llega de noche. Venía de oír cosas y ver escenas un poco fuertes. Un asalto de bandoleros á mi casa de campo; una perspectiva de un asesinato al revolver de un camino; una lucha de circo romano entre un toro y un salvaje que le sacó tiras de pellejo, le saltó los dos ojos y le arrancó la lengua ensangrentada; y la venganza de un marido ultrajado, que habiendo encontrado muerta de cinco días, al regresar del largo viaje, á la mujer culpable, bajó de noche á la sepultura, desenterró el cadáver, y, mientras ardían las coronas á que puso fuego para alumbrar su venganza, le arrancó el pelo y le hundió un puñal en el corazón podrido....

Al volver á Madrid, que es un cementerio de vivos, donde no pasa nada, me asomé en seguida al balcón de esta casa porque tenía hambre de sumergirme en una noche tranquila, y oí, rasgando el silencio del barrio, la misma sinfonía que han oído ustedes. Me encantaba aquel eco perdido en la gran música; lo perseguí escalera arriba, subí hasta el piso último, llamé, y momentos después estaba al lado de esta chica, que era entonces una raposilla de diez años, pasándole las

páginas á un cuaderno que tenía en un atril. Estábamos en el gabinetillo de un empleado laborioso. El único mueble de lujo era el piano que, según supe luego, había costado seis mil reales. Algunas sillas, tres cromos, una guitarra enfundada, y allá lejos una cama, cuya colcha brillaba por la blancura, en el fondo oscuro de la alcoba. ¡Ah! Olvidaba un detalle. En la salita, á la izquierda del piano, según se entra en el gabinete, estaba un señor, ni joven ni viejo, frente á una biblioteca de modernos libros, franceses en su mayoría, enseñando, por cima de unos lentes que le cabalgaban en la punta de la nariz, unos ojos socarrones y alegres, donde se leía sin embargo, la fatiga del trabajo diario.

La chiquilla se volvía loca, tocando cuanto sabía: estudios clásicos, música alemana, música italiana, cosas viejas y cosas modernas, todo con sentimiento exquisito, y con la ejecución pasmosa de sus manecillas que rodaban por el piano como dos ratas blancas. De vez en cuando me miraba, un poco roja, pero sin intimidarse, y á veces volvía la cabeza para mirar al señor, y preguntarle rápidamente:

—¿Qué estudio toco ahora? ¿El largo?

Y si equivocaba por casualidad una nota, decía toda trémula:

—¡Estoy perdida!.....

—¿Cómo te llamas, monina?—le pregunté.

—María Lu'isa Rivera, para servir á Dios y á usted.

Fué desde entonces mi amiguita, y visitando la casa, supe más tarde, por el rumor de la vecindad, la beneficencia del señor Pedro, que así se llamaba aquel hombre probo y laborioso, parco de palabras, siempre con los lentes en la punta de la nariz, la cual se alargaba automáticamente como si oliera el trabajo. El fué quien sacó del arroyo á María para darle de comer un platazo de sopas, un cocido y frutas de postre. El primer día no quiso la niña probar un bocado de carne. ¿Por qué?

—Porque la guardo para mi madre. Pero la mujer del señor Pedro le dijo:

—Come, hija, come lo que quieras sin miedo. Tu madre comerá también.

Y en un panecillo abierto le puso una chuleta para llevarla á su casa.

La niña comió como si no hubiera comido nunca, atracándose preferentemente de frutas.

—Hasta hoy—dijo—las comía por fuera; hoy las como por dentro.

No hubo discusión. Indicada la idea, fué acogida por unanimidad.

—¿Por qué no hemos de tener aquí esta niña? preguntó un día el obrero.

Y la mujer y los niños respondieron inmediatamente:

—Pues, sí, tienes razón. ¿Por qué no hemos de tenerla? Así como así, donde comen cuatro comen cinco.

Tenía entonces cuatro años y cantaba como un jilguero.

Otro día dijo el señor Pedro:

—Mujer, esta niña, cantando es una maravilla. ¿Por qué no hemos de enseñarla música?

Y llamaron profesor, y compraron á plazos un piano, pagando los primeros vencimientos con los ahorritos que tenían en el monte.

Todo muy sencillo como ustedes ven. ¡Sólo que á ninguno de nosotros se le ha ocurrido hacer otro tanto!....

En el Conservatorio hizo milagros. Salía á primer premio por año. Estuvo malita en vísperas de concurso, y presintiendo que no podría entrar en examen, se puso á morir. Allá fué corriendo el maestro Arrieta y consiguió calmarla, ofreciéndole que se presentaría á concurso extraordinario, como así sucedió, y que escribiría "para ella solita" una lección, en la que tuvo otro primer premio. Al principio se temió mucho por su salud. Vivía sobresaltada, y con frecuencia se despertaba de noche, diciendo:

—¡Juraría que me habían llamado á dar lección!

Arrieta le preguntó en un examen:

—¿Cuál es el signo musical más fácil?

Y la niña, sin pensarlo:

—¡El silencio!

Estas salidas, masadas con lágrimas, no me gustan á mí—decía el señor Pedro, que hablaba como un libro.—Los niños viejos que razonan cuando hablan, suelen morir prematuramente. No pertenecen al surtido ordinario. La naturaleza los exhibe como tocas sus galas; pero los exhibe en un banquillo y los agarrota con la escrófula.

Se engañaba, afortunadamente, en cuanto á María. Fué creciendo, redondeándose, criando sangre, con la pobreza de los platazos de sopas, del cocido, y principalmente de las frutas que regala Dios á los pajarillos del campo. Y ahí la tienen ustedes: una gran pianista y.... una gran mujer; porque como guapa, es guapa

## III

María, que estaba enredando en el piano, se volvió á la marquesa y le dijo:

—Siempre lo mismo. ¿Qué apostamos que está usted hablando de mi pleito?

—Sí, hija; por qué no? Estos señores querían conocerte, y....

—Y todos me conocían, aunque usted no hubiera tenido la bondad de presentarme. Yo por lo menos recuerdo muchas de esas caras. ¡Las he visto en el tranvía!

—¿En el tranvía?

—En el tranvía, sí, cuando yo pedía limosna con Nieves. Nos acercábamos á los coches y pedíamos á los que bajaban y subían. El señor Pedro me daba casi siempre cinco céntimos. Un día me dió más, dos perros grandes; y otro día fué una barbaridad: ¡me echó dos realitos! Quizá le inspiraba mayor compasión que Nieves, porque era más pequeña de edad y de cuerpo, porque trabajaba más colgada del tranvía, y el estribo del coche de tanto rozarme con él me había hecho en una pierna una herida que no se me cerraba nunca. Una tarde de un día muy crudo, me dijo el señor Don Pedro, cogiéndome de una mano: ¿Quiéres comer en casa? Y me fuí con él, porque no recordaba la última vez que había comido....

—¿Y Nieves?

—¡Oh! Nieves Escandón tuvo menos suerte que yo y siguió pidiendo. La ví varias veces cuando iba al Conservatorio, y varias veces la dí un perro chico del señor Pedro. Después pasó mucho



tiempo sin que yo la viera. Me dijeron que había muerto. Por entonces siempre que salía á la calle, cualquiera que fuese, no veía nada, porque sin querer se me marchaban los ojos al cementerio, y luego, en casa, al meterme á la cama, lloraba atrozmente, tapándome las lágrimas con las sábanas. Pero Nieves no había muerto.

Le pasó algo peor. Entró á servir á una señora que la molía á golpes, y la castigaba si cometía alguna ligereza, obligándola en invierno, á pasar la noche en el balcón, y en verano á estar en el patio, con la cabeza descubierta, cuando el sol era más fuerte. ¡Oh! ¡La pobre Nieves! Se ha escapado lejos, muy lejos, según me han dicho ayer. La verdad es que, por lo mucho que ha sufrido, merecía haber ido derechita al cielo.

IV

Aquellas ternuras eran en casa de la marquesa, una cosa rara, algo así como un nuevo género de sport. Hubo un instante de recogimiento triste, después de hablar María, como si se hubiese visto pasar por el lujoso salón la almita de la desarrapada Nieves, y nadie se atrevía á romper el silencio, como si todos se reconocieran culpables de haber puesto las manos en aquel destino ingrato.

Pero la tertulia poco á poco recobraba su serenidad y su alegría. Cruzábanse frases lisonjeras, voces retozonas, amores comprimidos, y el mariposeo de los abanicos sacó de entre los cor-



piños, que estallaban de risa, nuevas oleadas de olor á carne joven, regalada y triunfadora.

La llegada inesperada del marquesito de Mataporquera, bautizado allí con el mote de "el repórter" porque era un saco de noticias frescas y de sensación, atrajo la curiosidad de todos.

—¡La gran noticia, señoras y señores; la gran noticia! Me la dieron en el Real de los cursis, y he venido á escape para comunicársela á ustedes.

Los semblantes se alegraron, reflejando la ansiedad de los espíritus.

—¿Pues qué ha ocurrido, marqués? ¿Qué ha sido ello?

—¡Una friolera! ¡La hecatombe hace! Otra bombita en París. ¡Pero una bomba piramidal, pistonuda! Cuarenta y tres muertos, setenta y seis heridos, en ruinas la casa que tiene en la rue Vivienne la Compañía minera d'Angiu, y todo París huyendo.

—¡Qué horror! ¡Qué crimen tan atroz! Y diga usted, ¿han cogido al criminal?

—Al criminal, no todavía. Pero le han echado mano á su mujer, ó lo que sea, á quien se vió entrar con un paquete, envuelto en un periódico que debió dejar en un descansillo de la escalera. Por cierto que la mujer es española.

—¡Hombre!

—Sí, y muy conocida en Madrid. Una perdida, una tal Nieves Escandón....

De los ojos de María, turbios y engrandecidos por el dolor, se desprendió una lágrima sobre el teclado, donde vagaba aún el último sonido de una nota del corazón; y luego, dirigiéndose al auditorio, estupefacto, silbó mejor que dijo, esta frase que pareció una bocanada malsana del arroyo:

—¡Ha hecho bien!.....

EL NUEVO GOBERNADOR

DEL

DISTRITO FEDERAL.

En la semana anterior fué nombrado Gobernador del Distrito Federal, el señor D. Ramón Corral, cuyo retrato figura en la primera plana de este número.

El señor Corral que ha sido gobernador del Estado de Sonora y acaba de regresar de un viaje á Europa, es de una edad en la que puede desarrollar todas sus actividades y energías, y la sociedad mexicana mucho espera de sus aptitudes.

Estas, por otra parte, las tiene bien demostradas el señor Corral, como periodista y en los distintos puestos públicos que ha desempeñado. Fué diputado á la Legislatura de Sonora y Secretario de Gobierno en la misma entidad federativa; se le comisionó para que en unión del señor Magistrado, Lic. D. Eduardo Castañeda, es-

tudiara el Código Penal del Distrito Federal y lo adoptara á la Legislación de Sonora.

Por último, fué electo Gobernador del repetido Estado y de sus gestiones administrativas se conservan los mejores recuerdos, muy especialmente por la eficacia con que secundó constantemente las medidas adoptadas por el Ejecutivo de la Unión para pacificar de una manera definitiva las tribus rebeldes que habitan en las márgenes de los ríos Yaqui y Mayo.

También, durante su administración se llevaron á cabo mejoras materiales de importancia. El ramo de Instrucción Pública mereció su particular atención, y en la actualidad la Capital y principales poblaciones de Sonora, cuentan con panteles de enseñanza perfectamente montados y atendidos, muchos de ellos, por Profesores Normalistas de esta capital, cuyos servicios, muy bien retribuidos, se han solicitado para aquellas apartadas regiones.

Todo lo anterior es suficiente para que, como decimos al principio, mucho espere la sociedad mexicana, de la actividad é inteligencia del nuevo funcionario.

El Congreso Hispano Americano



La reunión del mencionado Congreso social, en la capital del reino de España, ha sido un acontecimiento que ha ocupado la atención de la prensa, no solo de los países latinos sino del mundo entero.

Todas las naciones latinas de este continente estuvieron representadas en aquella asamblea por delegados, que fueron huéspedes de la Real Villa y objeto del más entusiasta recibimiento.

S. M. la Reina Regente dió dos solemnes recepciones, en los principales teatros se organizaron funciones especiales en honor de los congresistas, y las sociedades científicas, lo mismo que los salones más distinguidos abrieron de par en par sus puertas para dar expresiva acogida á los americanos que atravesaron el océano para ir á manifestar á España, con su presencia caracterizada, las simpatías que por ella sienten las naciones del Nuevo Mundo y los lazos indestructibles que las ligan.

Durante las sesiones que se verificaron, se trataron asuntos de la más alta importancia para los intereses de la raza latina; se analizaron los adelantos que en los últimos años se han realizado y se presentaron los más halagüeños proyectos para su progreso en lo porvenir.

México estuvo representado por los señores Lics. Justo Sierra, Pablo Macedo y Manuel Mercado (Jr.), quienes cumplida su comisión, llegarán á esta capital en estos días, de regreso de España.

En la apertura del Congreso, el Maestro Sierra, además de la representación que llevaba, tuvo la de las Repúblicas Sud-americanas, cuyos delegados lo eligieron para que hablara en su nombre.

Nuestro grabado representa el grupo de los delegados americanos que concurrieron á este Congreso, cuyas reuniones serán periódicas en lo sucesivo.

Á NUESTROS LECTORES.

Con el presente número termina la obra "D. Quijote de la Mancha," siéndonos grato haber hecho la interesante publicación antes de que termine el año, que habíamos calculado para ese objeto.



Grupo de Delegados al Congreso Hispano Americano de Madrid.



¡helándoles el frío ista los giesos  
y helándoles el alma la tristeza!....

Y pué que más que el arcabol de un horno  
aquel casón de calentico sea;  
pero yo t'aseguro  
que, drento de él, el corazón se guiela,  
¡y que se siente allí mucho más frío  
que en los mesmicos artos de la sierra!....

Suelen icir que el hambre  
hace salir al lobo de su cueva;  
yo pienso que hace más... ¡pienso que iguala  
los probes cordericos con las fieras!....



Por el casón de Juan, junto por junto  
á la mesmica puerta,  
han hecho una sendica  
que va al pueblo derecha,  
y tós los del partío  
la toman por vereá,  
igual si van pa'l horno  
que si van pa la iglesia.  
Asina tiés que, en siendo  
como hoy que es Noche giéna,  
mil almas pué que pasen  
por la sendica aquélla,

por el casón de Juan... ¡junto por junto  
á la mesmica puerta!  
Y pasan las mujeres  
con sus tablas de pan á la caeza...  
con aquel pan de trigo  
que granicos d'anís por drento lleva...  
con las tortas de Pascua  
que transcíenden de giénas...

Y pasan los que giélvén del mercao  
charla que charla... ca uno con su tela...  
tós pensando en comer y en divertirse,  
¡tós con cara contenta!  
Y drento del casón se va colando  
tó aquel rum de gente satisfécha  
y aquel olor de pan... ¡ese olorrico  
con que el hambre se espierta!...

—“¿No hace tortas la madre?”—  
Fíce al probe de Juan una e sus nenas...  
Y Juan... ni responderle...  
ni mirarla siquiera...  
¿Pa qué mirarla el probe  
si no podía verla,  
si siente que sus ojos,  
llenándose de lágrimas, se ciegan?  
¿Cómo ha de responderle  
si s'ahoga de pena?  
Y la otra criatura,  
que está arrimá á la puerta,  
poniendo esos ojazos tan espiertos  
que pone la miseria,  
dice en tonico dureá,  
que amargo al alma llega,  
ca ves que el olorrico de las tortas  
en el casón se cuele:  
—“¡Qué olor más giéno, padre!  
¡Qué olor más giéno que echan!”

Y hace ca ves más frío...  
no para de nevar allá en la sierra...  
De vidrio son las juentes...  
de vidrio son las ciecas...  
paraliza el helor los correntales...

las aguas páece que se paran muertas...  
¡en el cielo tó nieve!...  
¡guielo por tóicas partes en la tierra!...

“No pué ser—íce Juan;—yo soy tan giéno  
c'a gritos m'íce malo la conciencia...  
Nuestros eran enantes  
los montes con sus leñas,  
y libres pa los probes  
aquellos artos de pinás espesas...

I  
Malhaya el tiempo malo,  
malhaya la probeza,  
¡malhaya el que este mundo se gobierne  
de tan mala manera!

II  
Blancos de nieve están, como palomas,  
los artos de la sierra;  
de plata enguarnecías  
páece que están las ceñas,  
ande los chorros d'agua  
hechos encajes al helarse quean;  
de vidrio son las juentes...  
de vidrio son las ciecas...  
paraliza el helor los correntales...  
¡las aguas páece que se paran muertas!..

¡Da temor tanto frío!  
¡Probe da quel que sin calor se vea  
y halle nieve en el cielo  
y halle guielo en la tierra!

III  
Con la mar de trebajos  
hizo Juan su casón en la laera;  
un abujero en onde  
meterse tan siquiera;  
un resguardo pa'l frío,  
porque á más no arcazaba su probeza;  
un rincón pa vivir... ó pa morirse,  
¡que el hundirse un casón no es cosa nueva!....

Pos allí tiés á Juan acobardao;  
que no hay ná que los probes tanto temán  
como estos días tristes  
en que tóico s'asuela;  
¡como estos días en que grana el hambre  
y arrecege la muerte su cosecha!....

Allí está el probe Juan, que es de lo poco  
gueno que ya se encuentra,  
y su probe mujer, que es una santa,  
y con ellos sus nenas;  
dos angelicos de esos  
que Dios al mundo pa penar los echa.

Allí los tiés á tós en la cocina;  
allí los tiés... ¡pero sin chispa e leña!  
Del humo, d'otras veces,  
allí se ve la señalica negra  
y se ve el hogaril y el puñaico  
de ceniza que quea...  
¡tó aquello que, sin rastro de rescordo,  
más páece que cocina, una nevera!

¡Allí los tiés!... los cuatro  
que acurrucaos y arrecíos tiemblan...

libres con sus lentiscos y chaparros,  
lo mismo los callaos que las chentas...  
y libres los barrancos con sus nebras...  
¡libres con sus romeros las laeras!...

Y en estos días malos  
en que al probe le niegan  
trebajo pa vivir quien tie caudales,  
y el cielo su calor y el pan la tierra,  
en estos días malos, otras veces  
no era cosa e temblar, como hoy se tiembla  
que pa el hambre y el frio y esos pechos  
que tién tanta dureza,  
les queaba á los probes  
el consuelo e la sierra  
con sus manás de lobos,  
con sus mantos de nieve, con sus peñas!...

No pué ser; soy tan giieno  
c'á gritos m'ice malo la conciencia;  
esos montes son míos  
con sus pinás espesas...

¡y mis hijos tién hambre  
y, estroceaos por el frío, tiemblan!  
.....  
.....

VI

Probe Juan, que orvidaba en su esvarío  
que, aunque páece mentira, aquí en la tierra,  
las leyes que hace Dios son leyes malas,  
y las que hacen los hombres, leyes giienas...

En la plaza del pueblo está la cárcel;  
Juan está drento de ella...

y su mujer y sus hijicas lloran,  
arrimás á la reja...

Pa la misa de gallo va la gente,  
la media noche llega,  
hace ca ves más frío,  
no para de nevar allá en la sierra,  
alegres van los mozos en pandillas,

camino de la iglesia,  
y al son de los guitarras y zambombas  
y de las panderetas,  
al pasar por encomedio de la plaza,  
esta coplica suertan:

Los pastores y pastoras  
todos van juntos por leña  
para calentar al niño  
que nació la Noche Guena.

Y por más qué es alegre la coplica,  
triste á la cárcel su sonico llega...  
y el probe Juan esesperao llora,  
y lloran en la reja  
su mujer y sus probes angelicos  
que tién las manos en los hierros puestas...  
¡manos helás que son tamién de hierro,  
d'agorrotás y tiesas!

Vicente Medina.

NAVIDAD.

Estaban los dos, los felices y amorosos recién casados, en el muelle nido de su recámara tapizada de azul. El, á los piés de su adorada Josefina, sentado en un cojín; con los labios rebosantes de mimosa plática, chorreantes de almibarada ternura; ella, acurrucada en un sillón, metida dentro de su abrigo de pieles, y distraída. No veía á su amado; no veía la luz ténue de la lámpara, más débil aún por el raso que la velaba. Con sus ojos azules, ligeramente entornados, veía á lo lejos no sé qué espejismos encantadores, y sus oídos finos y atentos, cerrados á la zalamera charla, escuchaban otra música más dulce, más suave, más cordial, venida de muy distante, aterciopelada por la dulzura del recuerdo. Un enorme gato negro enroscado en un escabel, devanaba su lino interminable.

Afuera, el frío rayaba con su diamante las vidrieras de los balcones y azotaba á los transeuntes en las manos y en los rostros con sus disciplinas. De vez en cuando, como un pájaro aterido y friolento, entraba de la calle un guñapo de canto alegre que rozaba con sus alas los muros y caía al fin muerto sobre la alfombra. Muchas notas, confusas y dispersas, escapadas de alguna sala de baile, entraban también, volando como sonantes oropeles y ahogando su sonido sobre los tapices.

Alberto notó la distraccin de su joven esposa, pero no le preguntó la causa, quiso por sí solo descifrar el enigma, y levantando la cabeza, tocada descuidadamente como la de un poeta, la apoyó sobre el cojín de las rodillas cerradas y suavísimas y clavó su mirada de devoto amante y sutil analizador, en los ojos de Josefina. El era el astrólogo sabio é infalible de aquellos cielos límpidos y esplendorosos; él, con su aguzado entendimiento y fina penetración, sabía leer en las conjunciones de las estelares pupilas; y muchas veces, observando un gesto, sorprendiendo una sonrisa, espiondo una actitud, adivinaba el pensamiento de la idolatrada amiga.

Los astros azules bajo las pestañas finísimas se empaparon de agua; la nuca marmórea se dobló bajo el peso de los cabellos claros; en la frente albísima apareció el pliegue de una meditación. El pensamiento de la hermosa Josefina no estaba en el muelle nido de la recámara tapizada de azul; el ánimo blanco y amante de la esposa que formaba con el ánimo ardiente de Alfredo una pareja de inseparables palomas, que tejían su vida en un eterno arrullo, no lustraba el cuello de su compañera ni buscaba su pico, y extendiendo las alas se escapaba del palomar caliente, emigraba á otro nido á reclinar su buche en un plumón más suave, á picotear triguéñas semillas, en otros surcos más fértiles y hospitalarios.

Bajo el frío de la escarchada noche de Diciembre, ¿adónde iba la nostálgica paloma?

El enorme gato negro, dormido sobre el escabel, devanaba su lino interminable.

¿En que había de pensar aquella niña casada apenas hacía un año y nunca alejada del seno de su familia, sino en el hogar distante? ¿dónde había de ir aquella ánima blanca y amante bajo los filosos cuchillos de la nieve, sino á la Noche-Bue-



na celebrada entre santas oraciones y risas de júbilo en el solar paterno?

Como un filtro su memoria hervía al conjuro de la evocacion, en sus ojos intensamente azules, lentejueados de estrellas, clavaba sus puntas de plata la alegría; Alberto veía vivir en la conjunción de las estelares pupilas la imagen resucitada.

En la sala limpia y resplandeciente, adornada en los ángulos, en los muros y en lo alto de las puertas, con guirnalda de heno fresco y oloroso, con ramas resinosas de pino, y abiertos abanicos de palmas, se erguía el radioso nacimineto. El árbol de Navidad levantábase enmedio, lleno de luces, titilante de luciérnagas, doblado bajo la pesadumbre de sus frutos maravillosos é inverosímiles. Había pendientes de las ramas, pelotas de colores, cucuruchos de dulces, tambores, fusiles diminutos y rorros de cabellos rubios. En el aire flotaba el incienso de los cantos, se desgarraban las panojas

de los cohetes y vibraban en ondas rutilantes, en ondulaciones de aurora boreal, los gritos de los niños buenos y bulliciosos. La música, los cantos, los rezos, todo festejaba la Natividad del bebé nareno dormido sobre las pajas blondas de un pesebre, ante la adoración silenciosa del Toro de humeantes narices y la Mula de ojos preñados de melancolía.

Luego seguía la cena familiar en el comedor confortable y espacioso. Sentábanse en torno de la mesa sus padres, de tranquilas testas plateadas, sus pequeños hermanos con los baberos albeantes atados al cuello y los innumerables amigos y convidados. Sobre el mantel blanquísimo, destacábanse las odoríficas flores de los ramilleteiros; brillaban las botellas de vino blanco para rocear el sabroso pescado; descollaban la elástica ensalada de mil frutos y los dorados buñuelos untados de miel. A los postres, suspiraba en la sala, opulentamente iluminada, el preludio de un vals, que hacía relampaguear los ojos juveniles y taconeear los piés imoacientes, bajo la mesa, y al fin, el baile que llenaba la noche con el ruido cordial de su algazara, que enredaba en las vertiginosas vueltas las faldas de muselina á las piernas ágiles de los enamorados; que desgarraba risas; provocaba confesiones y mantenía despierto el júbilo hasta la madrugada.

Bajo las pestañas finísimas tornaron los ojos azules á empaparse de agua y la boca de provocativas sinuosidades se entreabrió para murmurar con voz triste:

—¿No es verdad que estarán muy contentos y se acordarán sin duda de nosotros?

—Sí, respondió dulcemente el esposo.

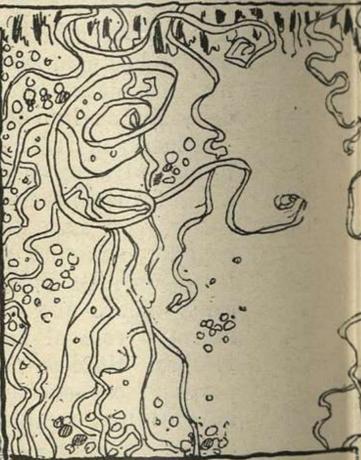
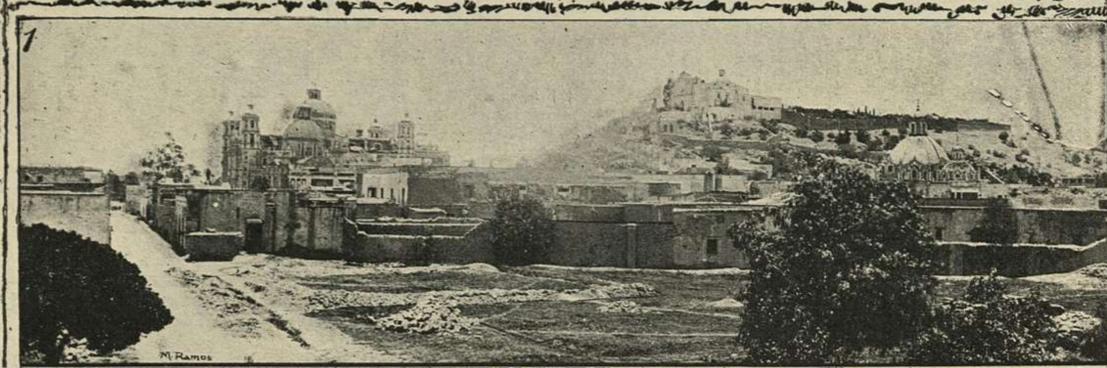
Y entonces la adorada Josefina, sonriente, amorosa, sin despedir siquiera un suspiro por su pasado de hija mimada y de doncella, hundió sus dedos transparentes en la cabeza destocada de su Alberto; desentornó sus amantes ojos azules que se vetearon de oro, y abatiendo el cuello, le estampó en la boca ávida, un beso largo y vibrante, que tronó y se deshizo como un mágico piroforo, en la recámara silenciosa.

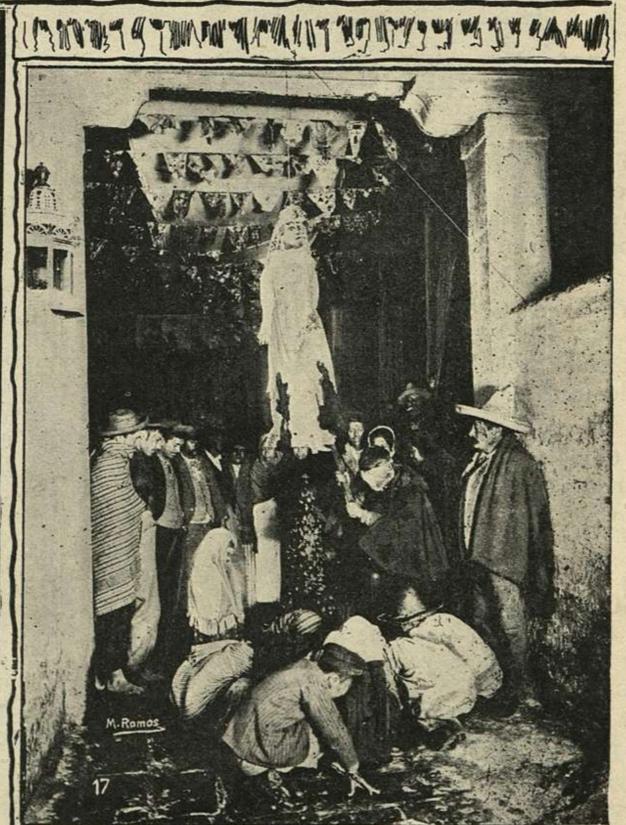
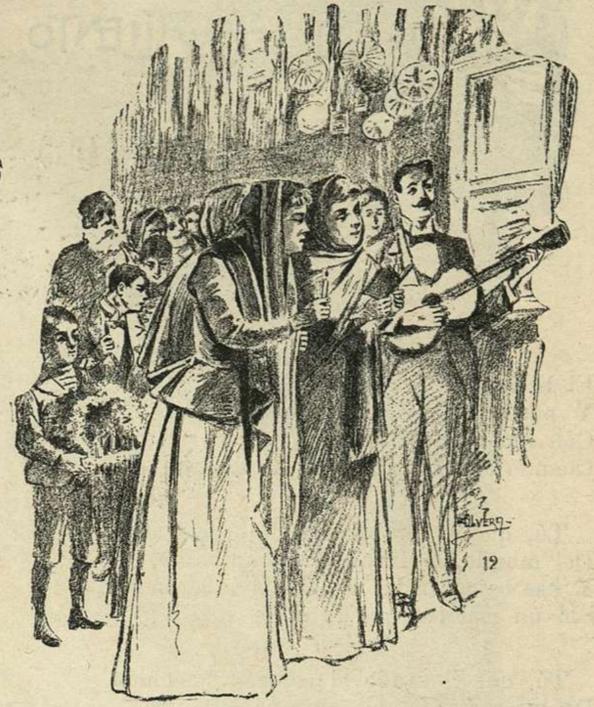
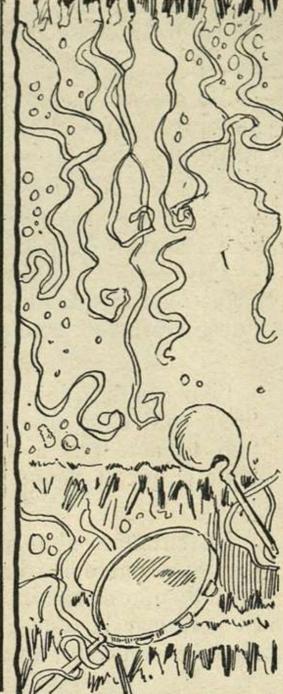
El arco de la luna de miel que se había ocultado un minuto, tras un girón de nubes, surgió en aquel instante, más puro, más radioso, y avanzando con lentitud por el límpido cielo claveteado de estrellas, dirigió los puntos agudos de sus cuernos hacia el Occidente.

Efrén Rebolledo.



# MEXICO EN DICIEMBRE





1. Panorama de la Villa de Guadalupe.—2. Aspecto de la Calzada el 12 de Diciembre.—3. En la falda del Tepeyac.—4. «Las gorditas.»—5. Tipo indio.—6. Banquete al aire libre.—7. Las cuelgas.—8. La colación.—9. Un puesto de «Peregrinos.»—10. La compra.—11. «La letanía.»—12. Un tenor.—13. Pidiendo posada.—14. Patio de vecindad.—15. Un baile.—16. En la casa del pobre.—17. «La piñata.»

APUNTES DEL NATURAL Y FOTOGRAFÍAS



(DE FERNANDO CELADA.)

A UN POETA.

Bardo del sufrimiento, tú que apuras  
El brebaje de todos los dolores  
Y puedes expresar tus desventuras  
Con amargas dulzuras  
Cuando tu lira está llena de flores;

Tú, que al probar ese dolor eterno  
Del mundo, lo tornaste en un idilio,  
Y has bajado á las cimas del infierno  
Sin un maestro que te diera auxilio;

Tú, que llevando el corazón henchido  
De luminosa fe, los antros viste,  
Y te hallaste en las aguas del olvido  
Náufrago y sin amor cuando volviste;

Tú, que buscando las brillantes galas  
De una ilusión perdida,  
Viste romperse las hermosas alas  
De la edad más risueña de tu vida;

Tú, que buscaste blancas ilusiones  
Para tu numen que tristezas canta,  
Y en la cima de todas las pasiones  
Sentiste resbalar tu débil planta;

Tú, que enfloras tu lira donde late  
El sentimiento que lo santo encierra,  
Y ves las amarguras del combate  
Con que se cubre la mezquina tierra;

Dame un grito de aliento y de altruismo,  
Porque mi fe ya vacilante muere,  
Y estoy en la pendiente de un abismo  
Donde la densa obscuridad me hiera.

Siento ya mis creencias moribundas,  
Y espero al fin que á mi dolor respondas,  
Tú que "llevas heridas muy profundas  
"Y tristezas muy hondas!"

## YO NO ME SE VENGAR.

Yo no me sé vengar!... Tantos amores  
se encuentran albergados en mi pecho,  
que el odio, la venganza y los rencores  
si hallan lugar en él, hállanlo estrecho.

Yo no me sé vengar!... Mis ideales  
suben á Dios, y nunca han descendido;  
y, envuelto en los efluvios siderales,  
hallo justo el perdón, santo el olvido

¿Cómo poner el pie en mi hogar, santuario  
de mis puros afectos é ilusiones,  
sin convertir el alma en relicario  
que sólo encierra nobles afecciones?

¿Cómo llevar á la adorada esposa  
y á los hijos—las flores de mi alma,—  
una frente ceñuda y tenebrosa  
y un pecho en que no reine augusta calma?

¿Por qué dejar que corra ante mis ojos  
la vil venganza su carmíneo velo,  
y con vestiglos y fantasmas rojos  
en sangre tinto se oscurezca el cielo?

Yo descendí del alma al hondo abismo,  
donde la bestia tuvo su guarida;  
la fui á buscar, luché con heroísmo  
y retorné, trayéndola vencida.

Y yace resignada á la cadena,  
sin procurar romper los eslabones;  
no ruje de furor, llora de pena,  
al recordar sus bárbaras pasiones.

Yo ascendí la montaña.—En la esperanza  
jadeante un ángel se juntó conmigo;  
se detuvo, y le dije en mi entereza:  
—Sigo si sigues; si no sigues, sigo.

Yo acabaré la prueba.—"¿No se acaba!"  
—¿No termina el sendero?...—"¿No termina!"  
"Tus plantas quemará la ardiente lava,  
"desgarrará tu carne dura espina.

"No con la queja amárguense tus labios,  
"pues quien se queja débil se proclama;  
"no te detengas á vengar agravios,  
"que el que se venga su derecho infama"....

De entonces abnegada el alma mía  
prosigue, entre las brumas de la tarde,  
ascendiendo el camino, siempre pía....  
Si perdonar la ofensa es cobardía,  
confieso con valor que soy cobarde.

R. de Zayas Enriquez.

México, 20 de Noviembre de 1900.



Arreglada en bandeaux la cabellera  
De oro mate, la virgen peregrina  
Que soñé, la pintada en la vidriera  
De una suntuosa iglesia bizantina;

Ella, con sus mejillas satinadas  
Y sus labios jugosos como frutos,  
Y sus manos de yemas sonrosadas  
Y dedos como frágiles canutos:

¿No la formó el insomnio con su fiebre,  
Ni en un sueño tranquilo de belleza.  
Mi amor como la mano de un orfebre  
Cinceló en brumas de oro su cabeza?

No la formó el insomnio con su fiebre,  
Ni en un sueño tranquilo de belleza,  
Mi amor como la mano de un orfebre  
Cinceló en brumas de oro su cabeza.

Era la dulce Amada que venía:  
Vió su quieta apostura, ví su cuello  
Redondo y transparente que rendía  
Como un nimbo pesado su cabello.

Si quisiera morar en el santuario  
Pomposo que le han hecho mis ternuras....  
Hay nieblas en su agudo campanario  
Y en su interior dorados y pinturas.

Pondré nuevos adornos, pondré lirios  
Fragantes en los diáfanos jarrones,  
Y luego prenderé todos los cirios,  
Los candiles de plata y los blandones.

La luz hiera las gemas abaciales,  
Repuja las custodias amarillas,  
Y pasando á través de los vitrales  
Arroja en los mosaicos sus gavillas.

Efrén Rebolledo.



## DICIEMBRE

Llega con sus mañanas blancas, con sus fiestas  
de escarcha, con su maravilloso ensueño de tra-  
diciones.

Es la última gota de elixir de eterna vida, que  
liba en su copa de oro el viejo milenarior, el que  
ha vivido todas las épocas y pasará su guadaña  
por los siglos de los siglos y más, mucho más.

Diciembre es la barba blanca del Tiempo; Di-  
ciembre es la última sílaba del metro de doce; Di-  
ciembre es un suspiro puesto al fin de una son-  
risa.

El perfume de Diciembre es la mezcla de dos  
alientos: el último del viejo y el primero del niño.

Nieve, mucha nieve para albo fondo de esa pe-  
regrinación de tradiciones y de leyendas; nieve,  
color de mortaja; nieve, color de los paños de la  
cuna; nieve, cirio al lado de un cadáver; nieve,  
gota láctea en los labios del recién nacido.

Desde el primer sol del último mes del año, pa-  
rece que la vida entra á una solemnidad.

La multitud sonríe como la benévola vencida  
por un capricho del siempre senecto.

En México, donde el Invierno llega sin cruel-  
dades y no victima, ni arranca lágrimas porque  
no hay un trozo de leña para el hogar, ni un  
rayo de sol para la avenida, en México, es una  
fiesta la caída de las hojas.

Llega, con los primeros días, la celebración de  
lo que es emblema de Santa pureza; la Inmacula-  
da ve sonrisas en la multitud que la adora. Cua-  
tro soles después, es la fiesta de la tradición: la  
Virgen India surge en las alturas del Tepeyac,  
con la unción en su semblante atezado, con sus  
manos piadosamente unidas, dentro de su halo  
de rayos de oro....

La sangre noble de aquella raza que, próxima  
á extinguirse, se reaviva, como de reavivar hu-  
bieron el fuego que martirizaba los pies de un  
monarca, el último glóbulo, el que no quiere sa-  
lir de nuestras venas porque son suyas, eterna-  
mente suyas, hace su fiesta al pie de la colina,  
donde la tradición y los recuerdos tienen por pa-  
norama la inmensa sabana del Valle, el brillo  
acerado de los lagos y los penachos albos de los  
volcanes.

Al pie de la colina que la leyenda ha ungido,  
la multitud se agita con movimientos de fiesta  
propia, de fiesta de la raza, de grito nacional.

Apenas se acallan los repiques del templo, y la  
ciudad creyente dobla los cortinajes y apaga los  
farolillos con que engalanó los exteriores del ho-  
gar, cuando la fiesta torna á reanudarse, íntima,  
alborozada, rica en tradicionalismos poéticos y en  
gozoses sencilleces.

¡Las Posadas!... la peregrinación de un amor  
que va en busca de las tibiezas para que surja el  
Hombre del mundo, entre cantares de ángeles y  
adoraciones de reyes.

Las Posadas son las fiestas religiosas del hogar,  
el mejor templo para las creencias.

Viene la fiesta de Natividad, el Dios-Hombre  
llega al mundo para enseñar la perdurable doc-  
trina.

En México es costumbre que el Mesías llegue  
cuando estemos cenando... es un detalle que  
probablemente debe tener un origen por demás  
mundano.

La decoración del hogar se transforma; ya no es  
campo de peregrinaciones, es todo un paraje, el  
rincón del mundo que Jesús eligió para abrir sus  
ojos á lo creado.

"El Nacimiento," una hermosa ficción recama-  
da de anacronismos, inverosimilitudes, negacio-  
nes de distancias, proporciones y perspectivas. Y  
todo ello coronado por la sublime ruina sobre la  
que flota el ángel que anunció al pastoreillo la  
Buena Nueva.

Y como punto á esa estrofa del Tiempo, vie-  
ne la última noche del año: San Silvestre pasa  
por los cielos haciendo estrellas con la pedrería  
de su tiara....

Luis Frias Fernández.



ELVIRA LAFON.

Fotografía Artística de E. Lange. Profesa núm. 1.

## Nuestros grabados.

Una fotografía de E. Lange.

Como modelo de una fotografía verdaderamente artística, ofrecemos hoy á nuestros lectores el retrato de Elvira Lafón, sin que nos refiramos á los méritos de la actriz, puesto que en nuestro concepto está tan lejos de ser una estrella del arte, que no llega á pasable medianía, por más que convenimos en que, como mujer, es muy hermosa.

### LOS PRESIDENTES KRÜGER Y LOUBET.

Entre las escenas patéticas que se han desarrollado recientemente con motivo de la visita que hizo á Francia el Presidente Kruger, se cuenta el momento en que el viejo bóero fué recibido por M. Loubet, escena que representa nuestro grabado.

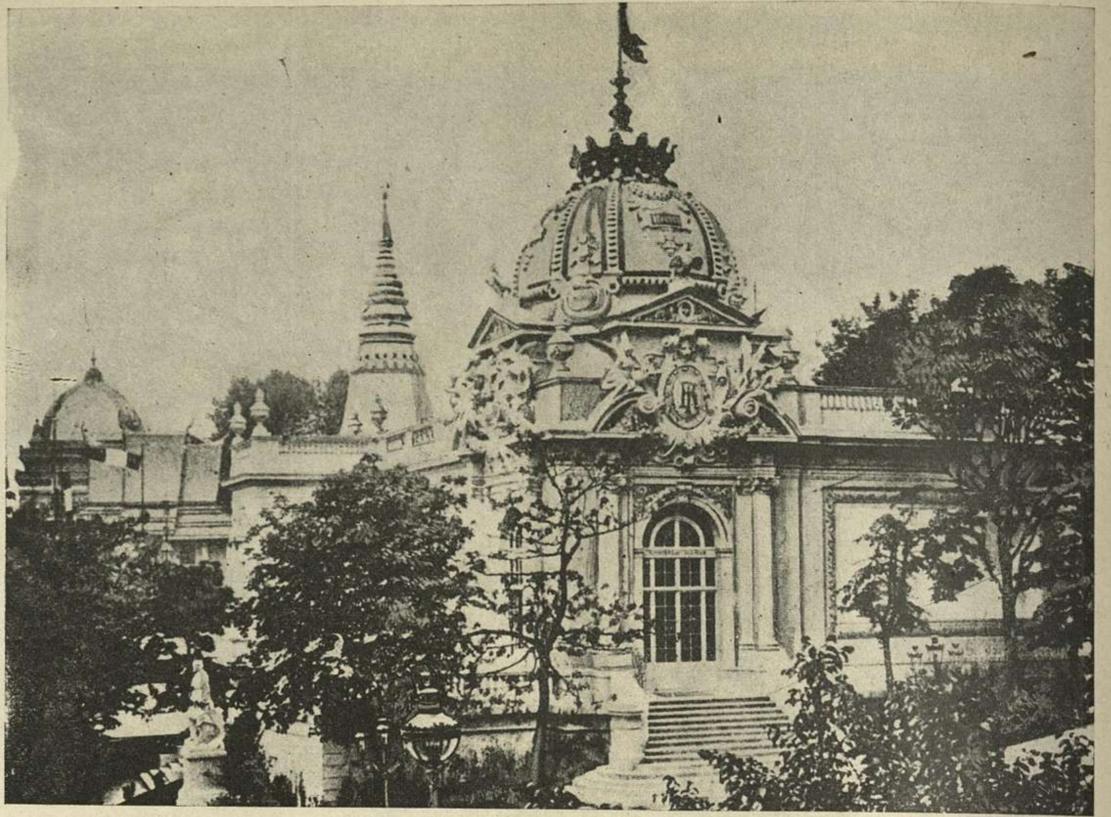
En efecto, al estrecharse la mano aquellos dos hombres, Jefe uno de una nación, que no obstante la decisión y bravura de sus hijos, está casi perdida bajo el yugo de la dominación y Presidente el otro de un pueblo fanático por la libertad, deben haber experimentado la más grande emoción, lo mismo que los que asistieron á aquel acto.

### MONUMENTO Á MORELOS.

Nuestro grabado representa el que se ha erigido al libertador Morelos en la ciudad de Toluca, y fué inaugurado durante las últimas fiestas que se verificaron en aquella capital, con motivo de la visita que hizo el señor General Díaz.

### EL MONUMENTO DE BREST.

El día primero del último Noviembre fué inaugurado por el General André, Ministro de la



Pabellón del Ministerio de las Colonias francesas en la Exposición de París.

Guerra francés, un importante monumento erigido en Brest, á "los soldados y marinos bretones muertos por la patria."

Este monumento, construído por subscripción nacional, es obra del escultor Augusto Maillard, autor de "la Defensa del Suelo," de la "Caída de Icaro," del monumento del capitán Manard y del monumento erigido por la ciudad de Asnières á la memoria de sus gloriosos muertos.

Como para los dos últimos de los expresados monumentos, fué por medio de un concurso la ciudad de Brest escogió el hermoso proyecto de Augusto Maillard. El grupo de bronce, de cuatro metros de altura, erigido sobre un zócalo de piedra de 2m.80 simboliza el genio de la patria, inspirando á un campesino bretón la idea de dejar su arado por defender su suelo natal.

### EN LA EXPOSICIÓN DE PARIS.

De elegante aspecto, arquitectura delicada, coronado de cúpulas y torrecillas profusamente decoradas de artonados y cornisas, se yergue en el Parque del Trocadero el pabellón en que el Ministerio de las Colonias Francesas ha encerrado en conjunto las principales muestras de productos, cartas geográficas, etc., etc., que contribuyen á dar una idea de la importancia de la Francia colonial y ya que con tanto empeño hemos procurado dar á nuestros lectores una ligera idea de lo que ha sido el gran concurso parisiense, no creemos deber omitir el grabado que hoy publicamos y representa el palacio en que se expusieron todos los productos de las Colonias francesas, que, por otra parte, han demostrado sus adelantos en los últimos años.



Monumento de Brest.



Monumento á Morelos, en Toluca.



Visita del Presidente Krüger, del Transvaal, al Presidente Loubet, de la República Francesa.



DURANTE UN COMPÁS.